

San Francisco de Sales

San Francisco nació en el castillo de Sales, en Saboya, el 21 de agosto de 1567. Fue bautizado al día siguiente en la Iglesia parroquial de Thorens, con el nombre de Francisco Buenaventura. Durante toda su vida sería su patrono San Francisco de Asís. El cuarto donde él nació se llamaba "el cuarto de San Francisco", porque había en él una imagen del "Poverello" predicando a los pájaros y a los peces.

De niño Francisco fue muy delicado de salud ya que nació prematuro; pero gracias al cuidado que recibió, se pudo recuperar y fortalecerse con los años. Si bien no era robusto, su salud le permitió desplegar una enérgica actividad durante su vida. Fue el mayor de seis hermanos, de carácter inquieto y juguetón, al punto que su madre y su nodriza tuvieron siempre que redoblar esfuerzos para cuidarlo o estar pendientes de sus andanzas.

Desde pequeño evidenció algo de su talante áspero. Con los años, para bien, descubriría la necesidad de luchar contra las miserias propias de un carácter irritable y así asemejarse al manso Jesús de Nazareth. Cuentan sus biógrafos que cierto día un calvinista visitó el castillo en el que vivía, y el pequeño Francisco, al enterarse, tomó un palo y se fue a corretear a las gallinas gritando: "Fuera los herejes, no queremos herejes".

Su padre, por su parte, queriendo que Francisco crezca bien disciplinado, eligió como preceptor a un sacerdote, el P. Deage, un hombre de talante muy exigente. El sacerdote le hizo pasar amargos ratos a Francisco, pero, como él mismo reconoció después, estos le ayudarían mucho en su formación humana y cristiana.

A los 10 años, Francisco hizo su primera comunión y recibió la confirmación. Esa experiencia juvenil de encuentro con la gracia de Dios lo motivó a frecuentar el Santísimo Sacramento y pasar horas frente a Él en oración. Más adelante, su padre lo envió al Colegio de Clermont, dirigido por los jesuitas, conocido por su ambiente de piedad y amor por la ciencia. Una combinación atractiva para el joven Francisco.

Bajo la dirección del P. Deage, Francisco se confesaba y comulgaba todas las semanas. Se entregó al estudio y empezó a practicar equitación, esgrima y baile. El noble joven, que empezaba a destacar como estudiante cultivado, se convirtió en el invitado preferido de reuniones y actividades sociales.

No obstante, su mal genio le seguiría jugando malas pasadas. A veces sus desatinos o exabruptos lo convirtieron en objeto de burlas y humillaciones, siendo que su alma tenía que cargar el peso del rencor y el deseo de revancha. Como era un hombre educado, solía controlarse al punto de que muchos no tenían idea de su mal genio.

A pesar de ese "recurso", con el tiempo, las malas experiencias se iban acumulando en el corazón y Francisco sufría mucho. Llegó un momento en que incluso pensó que se condenaría al infierno para siempre. La mera posibilidad de que algo así sucediese lo atormentó durante mucho tiempo; tiempo en el que perdió el apetito y empezó a tener dificultades para dormir.

A los 24 años, ya doctorado, regresó al seno familiar para vivir la vida ordinaria de un joven perteneciente a la nobleza. Su padre deseaba que se casara y que obtuviese algún puesto

importante, pero Francisco ya llevaba dentro la inquietud de consagrar su vida totalmente al servicio de Dios.

El joven así confesaría a su padre su deseo de ser sacerdote. Al principio se encontró con una férrea resistencia, pero finalmente el padre se dejó convencer. Entonces renunció al señorío de Villaroger, que le correspondía, y se ordenó sacerdote el 10 de mayo de 1593. Primero se desempeñó como canónigo de Annecy, aunque a la muerte del deán del Capítulo de la Catedral de Ginebra, un grupo de personajes influyentes entre los que estaba su primo, el canónigo Luis de Sales, intercedió ante el Papa para que le otorgara el cargo vacante a Francisco.

Tuvo como discípula a Santa Juana de Chantal, con quien fundaría la Congregación de la Visitación en 1610. Con las notas con las que instruía a la santa compuso su célebre Introducción a la vida devota, la más conocida de sus obras.

En 1622, el duque de Saboya lo invitó a reunirse con él en Aviñón. El santo obispo aceptó la invitación, preocupado por el bienestar de la parte francesa de su diócesis. El viaje, sin embargo, era arriesgado debido a su cada vez más débil salud y al recio invierno. Luego de encontrarse con el duque, San Francisco inició el retorno. Aquella travesía sería la última. Se detuvo en Lyon y se hospedó en la casita del jardinero del convento de la Visitación. Desde allí atendió espiritualmente por un mes entero a las religiosas. Fue el tiempo en el que disertó y escribió sobre la humildad.

Luego, a pesar del crudo invierno, prosiguió el viaje predicando y administrando sacramentos, hasta que las fuerzas lo dejaron. San Francisco de Sales murió a los 56 años, el 28 de diciembre de 1622.

Un día después de la muerte del obispo la ciudad entera de Lyon desfiló frente a la humilde casa donde había fallecido. Dado que gozaba de fama de santidad, en 1632 abrieron su féretro para saber cómo estaban sus restos. El cuerpo del santo estaba en buen estado y lucía como aquel que goza de un apacible sueño.

San Francisco de Sales sería canonizado en 1665. En 1878 el Papa Pío IX lo declaró Doctor de la Iglesia. No mucho después, San Juan Bosco lo haría patrono de su recién fundada congregación -la Pía Sociedad de San Francisco de Sales- y lo convertiría en modelo para el servicio de sus hijos espirituales, los “salesianos”.

Actividades para celebrar su día

- A nivel personal o familiar: Oración en familia, pidiendo aprender la mansedumbre y el amor en el trato diario.

Leer y comentar una frase de San Francisco de Sales (especialmente sobre la paciencia o el amor).

Practicar un gesto concreto de amabilidad en casa: perdón, escucha, palabras suaves.

Escribir una carta o mensaje alentador a alguien que lo necesite.

Rezar el Rosario poniendo en manos de María la vida familiar.

✠ Como comunidad parroquial: Celebrar la Eucaristía en su honor, destacando su estilo pastoral cercano y misericordioso.

Organizar una charla o reflexión sobre “la santidad en la vida cotidiana”.

Taller de comunicación cristiana (ideal para catequistas, lectores, comunicadores).

Campaña parroquial de mensajes positivos y evangelizadores (cartas, redes, afiches).

Gesto solidario comunitario, recordando que la caridad es el lenguaje del amor cristiano.

